
MI VENECIA

En la segunda parte de *Enrique VI*, de Shakespeare, uno de los personajes dice: «Que lo primero que hagamos sea matar a todos los abogados.» Cuánto más agradable no sería la vida contemporánea si pudiéramos decir: «Que lo primero que hagamos sea matar a todos los automovilistas.» Si parece muy drástica la medida y uno desea escapar del automóvil y de todo lo que hace con nosotros, quizá lo más aconsejable sea irse a vivir a Venecia. Buena parte de la satisfacción que me produce vivir en Venecia se debe a esta razón: no hay coches. En principio, la cosa parece simple —y sin duda eso pensará la mayoría—: si no hay tráfico, no hay ruido ni contaminación. Pero Venecia tiene las tres cosas, y más de lo que en justicia le correspondería. Sin embargo, la ausencia de coches contribuye a alegrarnos la vida en otros aspectos, aspectos que hoy considero más importantes, aunque también Venecia tenga su tráfico, su ruido y su contaminación.

Como estamos obligados a ir a pie, tenemos que encontrarnos. Es decir, todas las mañanas los habitantes de Venecia hemos de vernos, cruzarnos o coincidir en

nuestros desplazamientos. Ello propicia la conversación casual, el intercambio de información sobre el mundo o la vida personal, lo que sirve de pretexto para un café o un *ombra* que, a su vez, te harán relacionarte con otras personas y generarán más conversación y más intercambio de información.

Por lo tanto, como no hay coches, Venecia es, por lo menos para los residentes, lo que los meros números hacen de ella: una ciudad provinciana de apenas setenta mil habitantes en la que el principal medio de distracción es el cotilleo y en la que, por consiguiente, no hay secretos. Para averiguar lo que sea de quien sea, nada como esos casuales encuentros matutinos, en los que no falta quien te prevenga acerca del anticuario, el dermatólogo o determinado empleado de tal o cual oficina pública. En el aspecto positivo, estos contactos pueden conducirte al ebanista honrado o al mejor puesto de pescado del mercado de Rialto.

Desde luego, esta clase de información se puede obtener en cualquier otro sitio, pero en otras ciudades te exige usar el coche o el teléfono. En Venecia, el informador te sale al paso y, por lo general, el pago es un simple café y un *brioche*.

Otro de los alicientes de la Venecia sin coches es análogo al otorgado a la Miss Brill del relato de Katherine Mansfield: el de atisbar en las vidas ajenas. Durante años, te cruzas en la calle con las mismas personas; al cabo de unos meses, o de años, esbozáis un movimiento de cabeza, una sonrisa o cualquier otra forma de saludo. Aunque nunca salen de un amable anonimato, un día las ves con otra pareja, o con niños que luego aparecerán con sus propios niños. Envejecen, andan más despacio, algunas desaparecen, y siempre te quedan las

preguntas de quiénes son, qué hacen o cómo son en realidad.

Por último, la ausencia de coches nos impone día tras día la necesidad de aceptar el límite de nuestra capacidad física. Si queremos una cosa, hemos de poder cargar con ella hasta casa o encontrar a alguien dispuesto a llevárnosla. Ello hace más difícil que nos engañemos respecto al paso del tiempo: estamos más viejos y más flojos, y ya no podemos acarrear las patatas, las naranjas y, además, el agua mineral. Ni hacer todos los recados en un solo día, porque hay que ir de un extremo a otro de la ciudad, o porque los *vaporetti* van muy llenos, o porque hay demasiados puentes.

En suma, yo creo que todas estas cosas, aunque triviales en apariencia, redundan en beneficio de los residentes. Vivimos en una época volcada en el empeño de borrar o negar todas las señales físicas de la edad o la debilidad, y hacer resaltar el valor del individuo. Cada vez nos sentimos más inclinados a buscar nuestro sentido de comunidad en internet y nos pasamos horas chateando con gentes a las que nunca veremos ni tocaremos. Venecia, aunque sea por accidente y modestamente a veces, contra nuestra voluntad, nos salva de esta tontería.